

de Francia y de Inglaterra juzgaron honorables y satisfactorias para las dos partes; y sin embargo, sus proposiciones no tuvieron por toda respuesta mas que una afrenta tan inesperada como inmerecida.

Despues de semejante ejemplo, ¿podia el Sr. Fuente lisonjearse con la esperanza de una solucion mejor? ¿Tenia algun motivo en que fundar, no ya la certidumbre, pero siquiera la presuncion simple de que seria recibido en Madrid? Las proposiciones que estaba encargado de presentar, aun cuando hubiesen sido lo mas racionales posible, y todo nos hace tener la conviccion de que lo eran, ¿hubieran tenido siquiera la aprobacion respetable, aunque sin consecuencia, de que habian sido objeto las del Sr. Lafragua, de parte de los ministros de Francia y de Inglaterra?

XXII.

Entre otras recriminaciones de los diarios españoles contra el partido liberal de México, hay una tan injusta como imprudente, si es

que no es uno de esos pretextos que se inventan con la intencion manifiesta de declarar la guerra á la democracia mexicana: se trata de prevenciones que se alimentan en México contra súbditos españoles.

Una de las consecuencias de la conquista y dominacion españolas en aquel pais, ha sido que la inmensa mayoria de los españoles que lo habitan, profesan los principios de la reaccion. Pero mientras esta adhesion es pacífica y no se hace notar por actos criminales, viven en paz y nada se opone á los proyectos que intentan para llegar á su mira principal: la fortuna. Preciso es convenir tambien, que ciertos jefes reaccionarios de origen español, tales como los dos Cobos, Perez Gomez, Cagigas, Campos, Larrauri, y algunos otros, se han mostrado de una barbarie sanguinaria en la guerra que han hecho, y que aún hacen al partido popular; pero éste jamas ha confundido á sus enemigos armados, con los españoles pacíficos; y cuando un español, ¡cosa estremadamente rara! toma parte y causa en el partido liberal, los servi-

cios que presta, sirven de tema universal para exaltar y aplaudir los sentimientos de fraternidad que debian existir entre México y la España.

¡Cosa estraña! México hace todos los esfuerzos que puede por llegar á satisfacer las justas peticiones del gobierno español, y se le acusa de tener prevenciones hostiles contra la España! Envía á este pais embajadores, y no son recibidos. Dirige esplicaciones sobre hechos que no tenian ningun carácter ofensivo; dá todos los pasos necesarios á fin de anudar las relaciones que sin razon habian sido interrumpidas; y se le responde con el silencio! Pero se arma y prepara en la Habana una espedicion destinada espresamente á Veracruz, para hacer la guerra al gobierno constitucional. Y despues se dice que es México quien debe satisfaccion á la España!

¿Cuál es, pues, esta política que se ha juzgado la única que conviene poner en práctica respecto de la nacion mexicana? Cuando de todo el continente americano, Fernando VII no poseia ya mas que una roca enfrente de

Veracruz, la Europa lo reconocia todavía como soberano legítimo de todos los países que se habian escapado de su dominio. Y aun en nuestros dias, Francisco II es un ejemplo igualmente notable de la grande consideracion que las cortes europeas conceden á la legitimidad monárquica. Léjos de nosotros la pretension de contradecirla en este punto; solo preguntaremos si la legitimidad republicana no tiene tambien su valor, y si porque el gobierno de México habia perdido su capital en 1858, era indispensable apresurarse tanto á reconocer el gobierno parcial que se habia establecido en ella? El apoyo moral que este reconocimiento dió al partido de Zuloaga, los recursos físicos que de él resultaron para este partido por los contratos ruinosos que concluyeron los prestamistas estrangeros con aquel pretendido gobierno, en la confianza de obtener el apoyo de los suyos propios, fueron las causas principales que prolongaron la guerra civil durante tres años.

Todavía en el dia el nombre de Mr. Saligny es el que invoca la reaccion vencida de

México. Este ministro ocupa en las preocupaciones reaccionarias, la misma posición que tuvo el ministro de España en 1846, cuando se hizo el promovedor activo del plan insensato de monarquía mexicana, proyecto que encanta desde tanto tiempo la imaginación de algunos necios políticos. De este modo, se excita de un lado la desconfianza, y del otro se alimentan temeridades y esperanzas irrealizables; se envenenan incesantemente esos elementos contrarios, que no solo en México, sino en el universo entero, se hacen sin cesar la guerra, aun en el seno de la mas profunda paz.

Pero no ha sido solo el gobierno mexicano el herido por la calumnia; ésta ha lanzado tambien sus tiros contra el pueblo mexicano, que comete la falta de tener afecciones por su gobierno. Y qué ¡gran Dios! acusar á un pueblo entero de depravado y corrompido! Acusación es esta que seria abominable, si no fuese absurda. Un pueblo puede estar engañado; pero no hay ejemplo de que se haya convertido en criminal con conocimiento de

causa. Un pueblo que erigiera en sistema la glorificación del crimen, no podría existir.

Hay periodistas que han manifestado contra México tal animosidad, que se ha hecho sentir en acusaciones que se destruyen unas á otras, dando así ellos mismos, sin saberlo, la medida del insensato furor que pervertia su buen sentido. Unas veces aplican á la masa de la nación los epítetos mas odiosos; otros por el contrario, representan á esta masa como buena, pero esplotada por un corto número de intrigantes. Aquí se les oye decir que el pequeño número de hombres inteligentes que posee México, están corrompidos; y mas lejos los juzgan tan honorables como en cualquiera otra parte, siendo la nación la que les impide únicamente hacer nada que le pueda ser ventajoso! Ya el partido liberal es tan detestable, segun dicen, como el partido reaccionario; ya se le hace la gracia de confesar que ha hecho *brillar un relámpago de luz*, afirmando la libertad de conciencia; aquí es un partido que por sus principios y por sus tendencias merece sostenerse; allá no

S

IGLO

el C.  
io.

es digno de mejor suerte que la de sus adversarios. A veces, en lugar de los dos, se propone una especie de partido del justo medio, que dicen existe, y que se compone de hombres dignos, capaces, y alejados de la escena política por la violencia y la intolerancia de los partidos extremos. Y ni el presidente constitucional ha dejado de servir de tema á las diversos aspectos, completamente opuestos, bajo los que se ha presentado la situación de México. Unos creen decir de él todo el mal posible, con hacer notar que este ilustre ciudadano pertenece á la raza indígena; otros, y estos últimos preciso es confesar que son ménos hostiles, consideran esta circunstancia como una garantía de la adhesión popular, y hacen elogios de los talentos y carácter del presidente Juárez. Que el que pueda ponga de acuerdo estas contradicciones, mientras llega el día en que la verdad bien conocida, manifieste cuáles son los verdaderos enemigos de México.

España. A los horrores de la conquista se  
añaden los horrores de una opresión ávida,  
terrible y esclavizadora. Ver la luz en México  
capacidades españolas.

XXIII.

¡Y las revoluciones mexicanas! Pensar se debe que las revoluciones mexicanas no han sido ni ménos naturales, ni mas furiosas, ni mas sanguinarias que las que han conmovido hasta en su base á las naciones que en el día marchan á la cabeza de la Europa civilizada. La paz es sin duda un gran bien; pero la Providencia parece haber permitido que la marcha de la humanidad en la vía del progreso, no se haga siempre por caminos fáciles y rectos. La paz no es posible, desde el momento en que un rayo de luz se proyecta sobre las iniquidades y las vergüenzas de la opresión: entre mas grosera y bárbara es ésta, mas violenta y terrible tiene que ser la revolución, que segun la espresion de Tácito, despedaza y dispersa en el viento sus títulos sanguinarios.

Despues de la conquista de Hernan Cortés, México no conocia en el mundo mas que la

105917

S  
GLO  
el C.  
io.

España. A los horrores de la conquista sucedieron los horrores de una opresión ávida, terrífica y escoltada de monopolios, y de preocupaciones estúpidas. Ver la luz en México era una calamidad, por la que los españoles estigmatizaban á sus propios hijos. Desde los primeros tiempos de la conquista, la raza preponderante impedía á sus mismos descendientes, el acceso á todas las altas dignidades de la administracion, del ejército, y aun de la misma iglesia. Los criollos no eran mas que los primeros entre los plebeyos; y aunque su posición social era ménos dura que la de los negros, de los indios y de los mestizos, eran todavía mas desgraciados que estos últimos, porque á la injusticia que se les hacia, tenían que añadir el veneno de la humillación interior. Figúrese bajo este pié lo que podía ser el estado de los indios y de lo que se llamaba razas inferiores! (1)

(1) Todos estaban humillados de hecho, bien por la letra, ó por el espíritu de la ley. Ciertos vestidos de lujo les estaban prohibidos, y no podían poseer ni armas, ni caballos.

Ademas, creemos que ningun gobierno ha llegado nunca á tener en materias religiosas, una autoridad semejante á la que poseyeron y ejercieron en las Indias los reyes de España. Bulas, breves, libros, calendarios, obispos, curas, todo llegaba por conducto de la España; la inquisición era la guardia avanzada, que no dejaba pasar una idea disonante. (1) La obediencia al papa, al rey, y á todos sus representantes, es decir, á todos los eclesiásticos, á todos los militares y á todos los empleados, se consideraba como la arca sacrosanta de la salvación. (2)

Hé aquí ejemplos brillantes bajo el punto de vista del respeto debido á la libertad y á

(1) Los esfuerzos que el clero desplegaba para subyugar las imaginaciones, por medio de fiestas brillantes y pomposas, son increíbles: á esto se debe en gran parte la pobreza de las últimas clases.

(2) El rey sacaba gruesas sumas de la venta de las bulas de la Cruzada, y otras; de los diezmos, de las vacantes de beneficios eclesiásticos, &c.; y la turba de privilegiados de todas clases hacían su cosecha, siguiendo á la monarquía, de que eran representantes.

la conciencia humanas. Los primeros conquistadores, imbuidos de las ideas españolas de su tiempo, dieron á las prácticas religiosas una preponderancia absoluta sobre la virtud y la sana moral. Millares de novenas, y multitud de libros, enseñaban que una devoción á la Vírgen, á un Santo, ó á las almas bienaventuradas, bastaba para impedir que los criminales mas endurecidos, muriesen en estado de pecado mortal; para resucitarlos á fin de que hiciesen penitencia (es decir, que recurriesen á la confesion) y llegasen á la salvacion eterna. Los indios eran humildes, dóciles y frugales; estas pobres gentes eran buenas, á pesar de los absurdos del paganismo; y continuaron siéndolo, á pesar de la mezcla impura con que se les enseñó el cristianismo.

Un hecho verdaderamente absurdo en una colonia nueva, fué tambien la estension que tomaron las donaciones de bienes particulares á los monasterios y á las iglesias, hasta tal punto, que las mismas autoridades españolas se alarmaron, temiendo ver desaparecer, á consecuencia de este entusiasmo, toda

la riqueza de la Nueva-España. (1) En fin, mencionaremos las mercedes de tierras hechas á los primeros conquistadores, concesiones tan vastas y tan inmensas, que podrian formar Estados enteros, pero las que por negligencia de sus poseedores y por la funesta avaricia que los arrastraba á la explotacion de las minas, se convirtieron en vastos desiertos que revelaban la impericia del gobierno. Añádase á esto la supresion de los talleres que podian competir con los de la metrópoli, los privilegios comerciales, la destruccion de los viñedos y de los olivos, série toda de medidas tomadas para asegurar á la España todos los medios posibles de explotar su colonia, y todavía no se tendrá mas que una débil idea de lo que fué la dominacion española en México!

---

(1) Esto recuerda con bastante oportunidad, las promesas de Hernan Cortés á sus soldados: "Yo os haré ricos en esta tierra, y Dios os dará la gloria."

105917

S  
CICLO  
el C.  
to.

XXIV.

Decidnos vosotros, que os espantais de la cólera del pueblo, si la ha precedido nunca, una paciencia como la que ha tenido en Méjico, y que ha sido mil veces demasiado grande? ¿Qué grado de moderacion podia esperarse de las revoluciones que derrocaron la dominacion española y arrancaron las raices odiosas, estensas y profundas que había echado su autoridad? Cuando á los gritos de viva la América, estalló la primera esplosion del amor de la verdadera patria, las masas se precipitaron electrizadas en las vías de la revolucion. ¿Quién les había enseñado, pues, la ciencia militar, la disciplina, y aun el uso de las armas? ¿Seria acaso su servidumbre pasada? Cuando un pueblo se levanta contra sus opresores, no es porque ha calculado ni bien ni mal su fuerza, sino porque sus agra-

vios son intolerables, y porque sabe por instinto, que tarde ó temprano sus legiones son invencibles!

XXV.

La independencia se consumó en 1821, con la aprobacion del clero, que antes había excomulgado á los independentes.—En vano dirigió el papa Leon XII á los obispos americanos, una circular apostólica, en la que exhortaba á los pueblos de América, á volver á ponerse bajo el yugo del virtuoso Fernando VII. Los prelados eclesiásticos dijeron que dudaban de la autenticidad de la encíclica, y que en todo caso el papa no había sido bien informado.

El secreto de este cambio de miras se encuentra en las decisiones tomadas por Godoy y los vireyes, que habían quitado al clero el conocimiento en los delitos de sedicion: que habían sometido á juicio á varios de sus miem-

bros, cosa inaudita en las colonias, y que habian, en fin, dispuesto de una gran parte de los bienes eclesiásticos. Las c6rtes tomaron tambien medidas en el mismo sentido, y el clero pens6 que era in6til esponerse 6 nuevos peligros, cuando la independenciam ya consumada, le aseguraba, por medio de la intolerancia religiosa, todos los privilegios de su clase y todos sus bienes.

Cuando mas tarde se adopt6 el sistema federal, la constitucion prescribi6 que las cosas, en este punto, debian quedar en el mismo estado en que anteriormente se encontraban. Poco 6 poco principiaron 6 marcarse los dos partidos que dividir6n siempre 6 los hombres. Se habia conquistado la independenciam, pero quedaba la lucha de la democracia contra la preponderancia cl6rico-militar, doble resto del feudalismo, que se habia trasmitido del M6xico colonial al M6xico independiente. Pero, lo mismo que por la cuestion de independenciam, la guerra abierta no podia estallar por la cuestion democr6tica, sino despues de extremas y multiplicadas ofensas. Han pasa-

do mas de treinta a6os, desde la consagracion simult6nea de una constitucion republicana y de la anomalfa de la intolerancia y del fuero eclesi6stico y militar en los negocios civiles y criminales; y sin embargo, estas instituciones absurdas no se tocaron sino despues que el ej6rcito hubo probado, multiplicadas veces, que se habia trasformado en guardia pretoriana y en elemento destructivo de la paz y del cr6dito del pais; despues sobre todo, que su organizacion detestable qued6 demostrada por la invasion de los americanos del Norte, que ha dejado 6 M6xico tan crueles recuerdos. No se toc6, decimos, 6 estas instituciones, sino despues que el clero, siempre unido 6 los partidos retr6grados, contrajo y mantuvo con el ej6rcito una liga contranatural; despues que el militarismo, manchado con tantas sediciones, se sublev6 contra las leyes constitutivas, con la consigna de religion y fueros; despues que estos partidarios del hecho brutal, nos impusieron por presidentes 6 Santa-Anna y 6 Paredes, y mas tarde 6 Zuloaga y Miramon.



Nada tenemos que decir de estos dos últimos; Paredes fué el Monck de un rey imaginario. Santa-Anna, imaginacion fecunda en crímenes y en extravagancias, fué una verdadera plaga para la nacion, tanto en la paz como en la guerra; se dió el título de Alteza; tomó aires de príncipe, y se rodeó de una especie de corte; se hizo nombrar presidente vitalicio, no faltándole mas que un paso para fundar en su provecho una monarquía. Este ambicioso vulgar olvidó, como Paredes, que habian pasado sobre México dos generaciones que no habian oido hablar mas que de esa monarquía aborrecida, que cayó bajo los gloriosos golpes de sus padres, y de una tentativa de imperio, que habia costado la vida al libertador de su patria. La república está tan bien consolidada en nuestro país, que si bien todos los hombres generosos experimentan un sentimiento de tristeza al recordar el trágico fin de Iturbide, ninguno sin embargo, escepto algunos insensatos, burlados sin cesar, piensan en una monarquía verdaderamente imposible. Pero no es menos cierto que el

clero y el ejército, al dedicarse al servicio de estos hombres, colmaron la medida y agotaron la paciencia del pueblo, que los precipitó en su cólera entre las ruinas de sus ídolos y de sus esperanzas.

Para la libertad de México fué este un dia tan feliz como el de su independencia.

XXXVI.

No; no es cierto que las revoluciones de México hayan sido estériles en grandes resultados. Despues de once años de guerra, nuestros padres han conquistado la independencia nacional sin ayuda estraña. Para un pueblo, cualquiera que sea, la independencia es el primero de los bienes, es la vida.

Desde los primeros dias de la primera revolucion mexicana, la esclavitud quedó abolida: no es este un título especial de un partido, de una poblacion, de una época; sino un